

71233 ✓
P39
1898



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

LA ESTATUA DEL GENERAL PRIM.

COSAS DE OTRO TIEMPO.—RECUERDOS PERSONALES.

I

LA hora del crepúsculo una niebla ligera y vaporosa que venía de la mar, descendía sobre los árboles del Parque, como si fuese un inmenso velo de gasa con que guardianes invisibles quisiesen cubrir todas las noches los jardines de la Exposición Universal, para que en la mañana siguiente amaneciesen las flores bellas, intactas y dispuestas á recibir los besos del rocío y las amorosas caricias del sol.

Los globos eléctricos, como pedazos desprendidos de una luna llena, comenzaban temblorosos é indecisos á arrojar aquí y allá deslumbrantes claridades que hacían más completa la obscuridad de los bosquecillos y calzadas que abandonaban los últimos rayos de la moribunda tarde. La indecisa luz, había dado á esas horas á la numerosa y lucida concurrencia el aspecto de sombras errantes que se agitaban y movían en todas direcciones buscando una salida, como si alguien las quisiese arrojar de aquel improvisado Edén.

Allá á lo lejos se divisaba una masa colosal, sombría, que tan pronto parecía perderse en las tinieblas como levantarse iluminada por un rayo de luz eléctrica, que instantáneamente dirigida á otro punto la dejaba en la más negra obscuridad.

Era la estatua ecuestre del general Prim. Pocos minutos después estaba yo junto al pedestal. ¿Qué artista la modeló? ¿Qué ingeniero la fundió? ¿Cuánto había costado? ¿Qué juicio formará la historia del hombre pequeño en su forma material y gigante en sus hazañas? De pronto todo esto me era indiferente y en ese momento no pensaba más que en el primer soldado de Cataluña y en el amigo de México.

Un mundo de recuerdos vino en tropel á mi mente. Pequeñas historias que después tuvieron importancia, fisonomías amables que pasaron como sombras y que no volví á ver, amigos y personajes que hicieron, como el general Prim, el viaje de donde no se vuelve jamás, hilos perdidos y olvidados aquí y acullá que, por una extraña coincidencia, vienen hoy á juntarse y á ligarse en Barcelona.

II

Las aventuras y el deseo de recoger el oro que se decía que estaba regado en los caminos y tirado en las ciudades de América, no tentaron á los catalanes en los años que siguieron á la conquista de México y del Perú. Ocupados solos, ó con los aragoneses, en conquistas y en la lucha antigua con los árabes, sus expediciones tomaron el rumbo del Levante y las Repúblicas italianas, las costas de Africa, y el poderoso imperio de Constantinopla los vieron muy de cerca disputando la victoria.

En el curso del tiempo, los andaluces, los asturianos, los montañeses y los vizcaínos emigraron en bandadas para las Américas, y antes de un siglo habían ya formado el núcleo predominante de la población española de los virreinos y fundado ciudades y villas, á las que bautizaron con el mismo nombre de las

de su patria. Los catalanes figuran en número escasísimo en los registros de la emigración; mas por una extraña casualidad, los muy pocos que han pisado las tierras de México, han tenido participio y determinado ciertos acontecimientos cuya importancia reconocerá el mismo lector cuando acabe de recorrer, si tiene paciencia, estos párrafos que parece no tienen conexión los unos con los otros. Diremos algo de un puerto mexicano que por fortuna de México visitó años después un ilustre catalán.

III

Si vais á Veracruz en la estación de invierno, y, cuando lleguéis al Golfo, sopla uno de esos vientos impetuosos que originan las corrientes del *Gulf-Stream*, encontraréis una mar dura y encrespada, un cielo donde con violencia corren unas tras otras las nubes pardas y espesas que van á estrellarse y deshacerse en las altas montañas de la costa. La ciudad desierta como si nadie la habitase, las puertas y ventanas cerradas, la marea rompiendo contra el muelle é inundando la pequeña plaza que le sigue y toda la población con sus cúpulas, casas, campanarios y torres cerniéndose entre las olas irritadas, y como naufragando y queriéndose estrellar contra el *Alfonso XII* ó el *Lafayette*; pero si estáis á bordo de esos, ó de cualquiera otro de los trasatlánticos de las líneas francesa, española ó inglesa, no haya cuidado, sus capitanes conocen esos mares y más de una vez los han atravesado en medio de los ciclones que son más temibles que los vientos del Norte; ellos ó llevan su práctico á bordo ó son recibidos por los valientes pilotos del puerto, y pronto os hallaréis fondeados junto á las murallas del viejo castillo de San Juan de Ulúa.

Pero si llegáis á esas regiones en los meses de Abril ó Mayo, atravesaréis por en medio de las Antillas y desde la popa del barco podréis admirar no sólo las altas montañas cubiertas de

cedros y de caobas, sino los cocoteros y los naranjos, y antes que diviséis á Veracruz, como brotando de entre las olas de esmeralda y plata, deslumbrará vuestra vista la blanca cumbre del volcán de Orizaba y la áspera y elevada sierra de San Martín.

Veracruz no tiene campiña, está fundado en la orilla de la mar y rodeado de médanos ó montecillos de arena que los vientos mudan y precipitan á otros lugares. El país es triste y desolado y se necesita ir á Alvarado, á Tlaxotalpam, á los Tuxtlas para encontrar la belleza y la exuberancia de la vegetación tropical. Fué Hernán Cortés el culpable; allí desembarcó un Viernes Santo, allí fundó la ciudad, allí instaló el primer ayuntamiento, y en vano quiso después mudarla á otro lugar; pero desembarcad en la ciudad moderna y encontraréis un bellissimo jardín en la plaza, calles rectas, portalerías, edificios magníficos con grandes patios con pavimento de mármol, corredores y arquerías como en Sevilla; en fin, una ciudad pequeña pero aristocrática, con sus muelles atestados de mercancías, regulares fondas y cafés, una bahía peligrosa, en verdad, pero á la que concurren cada mes los grandes navíos trasatlánticos de las líneas francesa, hamburguesa, española, inglesa y norteamericana. Vapores más pequeños de la marina mexicana os llevarán á cualquier otro puerto de la costa. Si queréis permanecer en Veracruz, con tal que tengáis un amigo ó una buena carta de recomendación, á las pocas semanas habréis ya conocido y tratado una sociedad escogida é inteligente de hombres que, no obstante su exclusiva dedicación al comercio y á los negocios, os hablarán de literatura, de política, de ciencias prácticas, porque ó han viajado ó su educación les ha proporcionado la instrucción enciclopédica de los hombres de mundo. Trato franco, fácil, afable, lo mismo el bello sexo que tiene un poco del acento y mucho de las gracias y del garbo de las sevillanas. Veracruz fué poblado por andaluces, y la gente del pueblo y de los campos tiene los refranes, el modo, la sal de los hijos de Triana. Veracruz, con todo y el calor y la mala estación del verano, como en

todas las Antillas, es lo que podría decirse un país *pegadizo*. Los extranjeros, pero especialmente los alemanes y los españoles, que van por negocios de comercio y con las peores prevenciones contra el país, concluyen por quedarse en él, por casarse con veracruzanas ó jalapeñas, y por ser más veracruzanos que los mismos hijos de Veracruz. Podría citar muchos nombres.

Si os da la gana de conocer algo del interior del país, no tenéis más que tomar, pocas horas después de haber desembarcado del paquete español, el ferrocarril mexicano. A las cuatro ó cinco horas habréis ya encumbrado la cordillera, respiraréis un aire fresco impregnado del olor de los árboles, se desarrollará ante vuestra vista un panorama infinito de montañas azules unas, cubiertas otras de enmarañados bosques é interminables serranías, revueltas, colocadas unas sobre otras, como si la mano poderosa de extraordinarios gigantes las hubiese dejado caer desde los cielos. El vómito y la malaria, rechazadas por los vientos cargados de oxígeno y de aromas, no han podido penetrar en las regiones salubres donde casi todo el año brilla en medio de los cielos azules un sol espléndido y radiante. Por ese camino, trazado por donde sólo los pájaros pasaban antes y que no tiene igual en atrevimiento á ninguno de Europa, daís en pocas horas en Orizaba, ciudad que conserva el aire campestre y la sencillez antigua, industriosa, cultivando su buen tabaco y su mejor café; quieta, tranquila y contenta con su situación política y financiera. Por el otro camino de hierro en ocho ó diez horas llegáis á Jalapa, el semillero de las excelentes muchachas de la raza andaluza y cuya fama, por lo bellas y graciosas, ha volado, como se dice, por el orbe entero.

Edificada la ciudad entre las montañas y en el declive de un alto cerro, tiene un aspecto de lo más pintoresco. Se sube á una calle, se baja á otra, se vuelve á subir y á bajar, y aunque el paseo sea fatigoso, cada momento el telón de ese escenario natural cambia y encanta la vista, y así andando y echando miradas curiosas á las rejas de las ventanas, cuando no se ve una

fresca muchacha con ligero vestido de muselina y la cabeza adornada con olorosas flores naturales, cosiendo ó tocando el arpa, se observa el salón con sus muebles y adornos adecuados para el campo, pero todo extremadamente limpio y propio y en su lugar, y en el fondo el patio morisco con sus redondos naranjos cubiertos de frufos de oro, el café con sus botones de nácar y los altos plátanos meciendo sus verdes y anchas hojas á impulso de un viento tibio que trae el perfume resinoso de los bosques de liquidámbar, y los ecos del canto de las calandrias y del clarín de las selvas.

En Orizaba todo es paz, quietud, orden, silencio y trabajo; se diría un gran convento donde viven en una completa beatitud los habitantes, esperando el momento de montar en un carruaje místico para tomar el camino del cielo.

En Veracruz y Jalapa, por el contrario, todo es vida y movimiento. Bibliotecas, casinos, paseos aquí y allá. Bastan dos familias y media docena de jóvenes para improvisar una tertulia, pero de esas tertulias de confianza á la española, donde se baila, se toca el piano ó el arpa, se platica, se juega tresillo, y en final resultado se retira uno contento de la amabilidad de las gentes, satisfecho de haber pasado algunas horas sin sentir el peso de la vida, reconciliado con la humanidad.

De estos países era la familia mexicana del general Prim, y á ellos hacía yo en otros tiempos una peregrinación anual, no obstante las molestias y dificultades del camino, que han desaparecido hoy con la construcción del ferrocarril. A las siete de la mañana se dirige uno á la magnífica estación de San Cosme y deja todavía despertando á la capital, y á las seis de la tarde, sin pena ni fatiga, y antes bien sorprendido del atrevimiento de los ingenieros y encantado con el panorama un poco aterrador del Infiernillo y de la Barranca de Metlac, se descende en Veracruz en algún hotel, donde no falta ni una succulenta comida ni una buena cama, mosquitos y mucho, mucho calor en el verano, eso sí.

El lector tiene que permitirme lo que puede llamarse una indiscreción. En uno de mis viajes á esas regiones tropicales conocí á una dama que llamó mi atención, y no porque faltasen muchachas muy guapas en el puerto, sino porque además de ser ella grande, desarrollada, lo que se puede llamar una mujer hermosa, era catalana, y aunque parezca increíble, era la primera catalana que veía yo en mi vida. La emigración del bello sexo á las Américas fué desde los primeros tiempos de la Conquista escasísima y lo ha sido más, al menos en México, después de la independencia. Mientras han ido constantemente varones, más ó menos fuertes, en busca de aventuras ó de trabajo, contadas son las familias que se han ido á establecer allí. Las mujeres de todos los países son, por lo común, apegadas no sólo al país á que pertenecen, sino á su pueblo ó aldea, á la casa en que viven y á la recámara en que habitan. Este sentimiento de localidad es más determinado en las españolas. Había conocido, sin embargo, en México y en San Luis á madrileñas, andaluzas, gallegas y asturianas, pocas en verdad; pero catalanas, parece cosa rara, pero seguramente era la primera y la única que se había establecido en tierra mexicana. Su buen trato, su amabilidad y su conversación amena y siempre variada y divertida la hicieron muy popular en Veracruz, donde vivió años estimada y considerada de todos. Su residencia en ese lugar tuvo más tarde alguna influencia en acontecimientos trascendentales como veremos después. Esta amable persona, á la que no dejé de visitar las diversas ocasiones que bajé á Veracruz, se llamaba Rosa Miláns del Bosch, apellido muy conocido é ilustre en la historia de Cataluña.

IV

Ya hablaré de Barcelona, pero en este momento me ocuparé todavía de México para dar á conocer á la familia de la señora duquesa de Prim, al mismo tiempo que otra localidad distinta de la de Veracruz.

Es una tierra sana, más bien fría que cálida, de una aridez desoladora, como la mayor parte de lo que llamaron los antiguos españoles *reales de minas*. Es un pueblo con una larga calle que, como en la mayor parte de pueblos y ciudades de segundo orden, se llama *calle Real*, formada de casas bajas viejas, deslavadas con las lluvias, vacías y cerradas unas, ocupadas otras por familias que podía asegurarse, con sólo echar una mirada por las toscas rejas de madera de las ventanas, que no gozaban de las mejores comodidades. Desaseo y pobreza de muebles, más que pobreza, en algunas casas muebles quebrados, en otras ninguno. Para hablar la verdad, algunas buenas fincas de los richachos del pueblo, sus tiendas, su plaza con una fuente sin agua, su pequeña iglesia pintada de cal, algunas más casas dispersas en todas direcciones, y el suelo peñascoso, desigual, de color bronceado, tirando á rojo, un cerro enfrente, *pelado*, y el todo sin un árbol, sin un rincón verde que interrumpiese esta general desolación. Este pueblo se llama el Fresnillo, situado á unas veinte leguas de Zacatecas en la mesa central de la Sierra Madre, á muchos pies de elevación sobre el nivel del mar. En tiempos de la dominación española fué un célebre y rico *Real de minas* que produjo una verdadera corriente de plata; pero esta corriente llegó á agotarse y la pobre gente salía de las profundidades de las minas agobiada con el peso de cargas de piedras y de tierras que contenían tan pequeñas partículas de plata que en ocasiones valía más el azogue y la sal con que tenía que hacerse el beneficio.

Un día repentinamente se presentó en ese triste pueblo, que ya tocaba á su ruina, un caballero de México con un gran tren, y venía con plenos poderes, como Director de la Compañía Restauradora de Proaño, así se llama el cerrito eriazco que en mejores tiempos había estado relleno de plata. Era el nuevo Director, en la extensión de la palabra, un hombre elegante y de la edad en que se desarrolla toda la actividad y fuerza que tiene la organización humana. Colorado, de barba y pelo más que

rubio, tirando á oro rojo, parecía un irlandés. Jamás había estudiado ciencias ni entendía de minas, ni las había visto en su vida. Todos reían, pero él se puso á trabajar sin hacer caso de nadie, teniendo sólo cuidado de seguir las buenas indicaciones de los mineros viejos del lugar. ¿Para qué detenernos en por menores? bastará indicar el resultado.

A los dos años había edificado frente del cerro de Proaño una hacienda de beneficio de metales que no parecía, sino que positivamente era, un palacio. Donde no se encontraban sino escorias y peñascos había brotado como por encanto un jardín lleno de arbustos y de aromáticas flores; las minas que se creían agotadas producían veinticinco y treinta barras de plata cada mes; los mineros ganaban desde cuatro hasta veinte pesos por semana, y la población, próxima á desaparecer, porque familias enteras la habían abandonado, recobró la actividad y el bienestar de otros tiempos. Este Director, que después fué gobernador del Estado de Zacatecas y más adelante ministro de Hacienda, se llamaba D. José González Echeverría.

En un pueblo reducido fácilmente se conocen las gentes y se hacen amistad, y con González Echeverría la hice tan buena y tan franca que seis meses después de su llegada abandoné el desamueblado y oscuro cuarto que habitaba y fuí á instalarme en una recámara en la hacienda de Proaño, desde donde podía mirar en las bellas mañanas el fresco y verde jardín, único punto que interrumpía la aridez y monotonía de tan triste mineral. De vuelta á la capital visité la casa de González Echeverría, conservé buenas relaciones, y esto me permite escribir algunas líneas sobre esta distinguida familia.

Originaria del Estado de Veracruz, se componía de tres hermanos; Don José, director de Proaño; Don Angel, rico banquero, y Doña Antonia, que casó con Don Francisco Agüero. De esta unión nació una hija única. La casa, con la razón social de Agüero, González y Compañía, siguió muchos años en prosperidad hasta representar uno de los más fuertes capitales de la República.

Si la familia no era precisamente de las que ostentaban títulos de Castilla, sí pertenecía por sus parientes en la Península, por su educación y por sus cuantiosos bienes, á lo que se llama la aristocracia. La señora doña Antonia en su juventud tuvo fama de ser una de las más hermosas y cumplidas damas de Veracruz. La hija única era como una especie de esas artísticas figuras de porcelana de Sajonia. Pequeña de cuerpo, de formas suaves y bien torneadas, grandes ojos negros, blanca pálida, elegante á la vez que modesta, religiosa sin gazmoñería, correcta é irreprochable en su conducta, se podía decir que era la representación y el tipo de las señoritas de la buena y escogida sociedad mexicana. Don Francisco Aguero falleció, y la señora, algunos años después, por razón de salud, vino á fijarse en París, en un lujoso hotel de la calle de Richelieu. Era allí la reunión de la sociedad hispano-mexicana. Los hermanos Urbarren, Iturrigaray, Valdivieso, O'Brien, lo mejor, formaba la tertulia; allí trató á esta distinguida familia el general Don Juan Prim, que no sé si entonces estaba en Francia desterrado, por paseo ó asuntos, y concluyó por casarse y dar su nombre y título á la que es hoy duquesa de Reus.

V

Para atar esos hilos insignificantes de que he hablado al principio y reunir esas Memorias dispersas en el transcurso de tantos años, es necesario hacer algunas referencias en lo que tengan relación con el ilustre catalán, que es objeto de este capítulo, y con su distinguida familia.

No sé si es una ley de la historia, pero así como la atmósfera que da vida á los seres animados se compone invariablemente de oxígeno, hidrógeno y algún vapor de agua, la atmósfera política en que viven los gobiernos se compone invariablemente de liberales, de conservadores y algún grupo de moderados. Quizá es una condición necesaria para el equilibrio social.

Tampoco sé si es una ley social, pero donde quiera que el clero católico ha acumulado á los bienes materiales la influencia política, ha venido más tarde ó más temprano una verdadera revolución que se ha llamado de Reforma, para disminuir ese poder político y para reducir á los miembros de la comunidad cristiana á la sencillez y modestia de los tiempos primitivos de la Iglesia.

De la misma manera ignoro si es otra ley necesaria el que, para la marcha regular del grande grupo humano que se llama civilizado, aparezca de tiempo en tiempo un hombre superior que, sea por una razón, sea por otra, ejerza un influjo general en las cosas y en los hombres y se ponga al frente de los acontecimientos.

Sea lo que fuere de esos fenómenos sociales, tenemos que creerlos, porque los vemos y los palpamos, reservándonos cada uno, según nuestra opinión, á indagar las causas probables ó las consecuencias posibles.

En el año de 1840, Don José María Gutiérrez Estrada, persona de una distinguida familia de Yucatán, y muy apreciada por su instrucción y su exquisita educación, publicó un folleto en que pretendía probar que la felicidad de México consistía en un buen gobierno, y que habiéndose ensayado la República y cambiándose los gobernantes sin producir resultado satisfactorio, no había otro remedio sino establecer el sistema monárquico, con un monarca católico extranjero. Lanzada esta bomba en plena República, causó el estrago que ocasionan hoy los petardos de dinamita. Los ejemplares del folleto fueron recogidos y su autor tuvo más que de prisa que abandonar el suelo natal.

Cuando el partido liberal subía en México al poder el sistema del gobierno era la República Federal, cuando triunfaba el partido conservador, el sistema era República Central. El partido moderado servía para la transición de uno á otro sistema, y formando el eslabón de los extremos, no pocas veces logró tempo-

ralmente la conciliación y la paz; pero desde que Gutiérrez Estrada desplegó su bandera monárquica el partido conservador se volvió monarquista y el liberal tuvo que echar al viento su intransigente bandera roja y siguió más fuerte que nunca la guerra civil. Rara persona de los contemporáneos dejará de tener una idea de lo que es en cualquiera parte del mundo la guerra civil, para detenernos en explicarla. Una nación, en esos casos, es como el organismo humano cuando no está en su estado normal, sufre trastornos y dolores infinitos.

Tras la guerra civil vino la Reforma. Era una *evolución* y tenía que resolverse definitivamente. O los liberales aniquilaban completamente á sus adversarios y conquistaban la libertad civil y religiosa, ó los conservadores reducían á la impotencia á sus enemigos y concluían por traer un monarca católico extranjero y sentarlo en el trono de Moctezuma.

Para justificar la necesidad de un cambio tan radical, era necesario probar ante el mundo que la República no podía subsistir por más tiempo, y que los desórdenes y hasta los crímenes del fuero común, eran tantos y tan repetidos que los gobiernos extranjeros tenían de por fuerza que tomar una providencia cualquiera para asegurar la vida y los intereses de sus respectivos súbditos.

Acreditar á un individuo ó á un país es obra de años; desacreditarlo es cosa de pocos días. Se trabajó sin descanso y se logró el objeto. Se decía en toda Europa y escribían los periódicos en todos los idiomas que México era un país donde la civilización había perecido, donde los extranjeros eran robados y asesinados, especialmente los españoles, sin que el gobierno ni los tribunales de justicia, pudiesen ni quisiesen castigar á los criminales; en una palabra, que era un país que iba á desaparecer del catálogo de las naciones, si la Europa no se decidía á intervenir y á prestarle una generosa ayuda para que se constituyese un gobierno honrado, firme y estable, que diese garantías á los nacionales y á los extranjeros. En resumen, se pre-

dicó una especie de cruzada contra Mexico en pleno siglo XIX como en otros tiempos se había predicado contra los musulmanes y contra los albigenses.

La cuestión se volvió de moda y se consideraba bajo los aspectos más lisonjeros. No se trataba de atacar la independencia de una nación, sino de protegerla, de regenerarla, cuestión, en una palabra, de la raza latina en peligro con la temible vecindad de la raza sajona. Era precisamente la oportunidad de plantear en América una monarquía protegida por tres ó cuatro naciones de Europa. Los Estados Unidos del Norte, con motivo de la cuestión de la esclavitud, estaban ocupados en batallas de millones contra millones de hombres, y cuando volvieran en sí, tendrían que pasar por los hechos consumados y prescindir de la doctrina Monroe. La emperatriz Eugenia y la reina Isabel, cuyo excelente carácter personal y buen corazón no han puesto en duda ni sus mismos enemigos, participaban de estas opiniones y parecían entusiasmadas; no precisamente con la idea de la guerra y de la sangre, sino con la gloria de una influencia ó de una corona para un príncipe de la casa de Borbón, si el pueblo mexicano lo pedía y consentía en recibirlo. Además, era un paseo militar. Cuatro ó cinco mil hombres bastarían para llegar á la capital, y ayudados y sostenidos por el comercio, por los hombres honrados é influentes de todos los partidos, encontrarían, en vez de pólvora y balas, victorias y coronas de flores. La ilusión era tentadora, el engaño completo; no se necesitaba más sino que participase de esas ilusiones y cayese en ese engaño el grande hombre de la época.

No sé tampoco si es otra ley, como ya he dicho, el que de tiempo en tiempo, por un conjunto de circunstancias ajenas de la previsión humana, aparezca un hombre influente que (como se dice para caracterizarlo), por más ó menos tiempo, tiene en sus manos los destinos del mundo.

Durante un largo período no se movía la hoja del árbol sin la voluntad de Inglaterra. Cuando la estrella de lord Palmers-

ton, de ese grande hombre de Estado, declinaba, se levantó radiante la de Napoleón III. El mundo todo estuvo, durante un largo período, pendiente de su voluntad, y cuando en uno de sus discursos indicó la revisión de los tratados de 1815 la Europa entera se alarmó. No se apagó en Sedán la estrella de Napoleón sin que se levantara espléndida, como de primera magnitud, la del príncipe de Bismark.

Napoleón III sonrió al pensamiento de un protectorado, de una monarquía creada por él, protegida por él, Jefe influente y victorioso de la raza latina, en un país lejano, pero rico, misterioso, encerrando en su seno tesoros de oro y plata, y donde la industria y la actividad francesa encontrarían manera fácil de ejercitarse. La emperatriz descendía de Moctezuma, la casa de Guzmán históricamente era la heredera de ese monarca legendario.¹ No era ya posible ni vacilar, ni esperar más tiempo. La expedición de México era la página más bella de la historia de su reinado.

Todas estas cosas parecen increíbles, y sin embargo así pasaron.

En 31 de Octubre de 1861 se firmó en Londres, un tratado entre Francia, España é Inglaterra para obrar colectivamente y exigir á México la reparación debida á tantos agravios como se suponía habían hecho durante años á españoles, franceses é ingleses, y desde el 4 al 7 de Enero del año siguiente de 1862 fondeaban en la bahía de Veracruz los buques de Guerra *San Quintín, San Francisco de Asís, Ulloa, Massena, Guerrier, Ardent, Astrea, San George, Sans-Pareil, Challenger, Mercí, Plower* y otros Avisos y buques menores, con diez mil hombres poco más ó menos de desembarco. Las fuerzas francesas estaban á cargo del vicealmirante Jurien de la Graviere, las inglesas al del comodoro Dunlop y las españolas al del general Don Juan

¹ El abad Brasseur de Bourbourg publicó en ese tiempo una obra sobre la historia antigua de México. En el tomo IV está un árbol genealógico, donde consta que la emperatriz Eugenia descende del emperador de México, Moctezuma II.

Prim, conde de Reus, que á ese cargo militar reunía el carácter de enviado extraordinario. La diplomacia y la guerra. El 7 de Enero de 1862 se enarbolaron en el castillo de San Juan de Ulúa y en la plaza de Veracruz la bandera francesa en el centro, la inglesa á la derecha y la española á la izquierda. El conde de Reus, en el acto que desembarcó, montó en un arrogante caballo que se le tenía preparado, y seguido del secretario de la Legación, Don Antonio López de Ceballos, del brigadier Don Lorenzo Miláns del Bosch y de su Estado Mayor se dirigió donde estaba ya situado el cuartel general.

VI

Dejemos descansar en Veracruz al ilustre catalán, al impávido brigadier y al reflexivo secretario Don Antonio López de Ceballos,¹ con cuya amistad me honro todavía, y demos un paseo en la capital de México, donde hay personajes que representaron un importante papel de esta tragedia. A unos los conocí simplemente, á otros los traté con más ó menos intimidad.

Estos altos personajes son el conde Dubois de Saligny, ministro del emperador de los franceses, Sir Charles Lenox Wyke, ministro de S. M. la Reina de la Gran Bretaña y Don Juan B. Jecker, banquero, con el que, con diversos motivos, tuve frecuentes relaciones.

Aunque invirtiendo el orden comenzaremos por el último. No recuerdo en qué año, pero de entonces acá han pasado bastantes primaveras, desembarcaron en Veracruz, entre otros extranjeros, dos suizos hermanos. El mayor, que se llamaba Luis, era un hombre de baja estatura, de anchas espaldas, una gran cabeza como de busto romano, ojos torvos, y uno, el iz-

¹ Este apreciable amigo ha fijado su residencia en Caracas, donde también vive retirado el Señor Middleton, que fué algunos años ministro de Inglaterra en México.